

Características del instante en la filosofía de Vladimir Jankélévitch

Summary: *Vladimir Jankélévitch is a philosopher of the instant. In this article we do study the principal characteristics which has the instant in that philosophy: it's a clear-obscure, it's irreversible, it's always an event, it happens for the first and the last time, it's an "almost nothing", it's a sudden creation and it's eruption of the absolute. Also we do study how the instant marks all his characteristics on the time.*

Resumen: *Vladimir Jankélévitch es un filósofo del instante. En este artículo estudiamos las principales características que tiene el instante en esta filosofía: es un claro-oscuro, es irreversible, es siempre un evento, se da a la vez por primera y última vez, es un "casi nada", es creación súbita y es irrupción del Absoluto. Asimismo estudiamos cómo el instante imprime todas sus características al tiempo.*

Más que un filósofo del tiempo, Vladimir Jankélévitch (*) es un filósofo del instante.¹ En él, el instante y la metafísica se identifican,² en la medida en que solo en el instante es posible entrever el ser, no en cuanto estable o definitivo, sino en cuanto aparición fugaz. El problema epistemológico que plantea el instante presenta dos facetas: el conocimiento del instante, es decir, el conocimiento que en el instante podemos tener de él mismo, y el conocimiento en el instante, o sea, aquello que podemos conocer o que se nos hace presente dentro del instante. En ambos casos se trata del conocimiento intuitivo, ya que la intuición es conocimiento instantáneo, y el instante solo permite un conocimiento intuitivo.³ Centraremos este trabajo en el primer aspecto del problema, y para ello nos referiremos a las principales características del instante.

1. El instante es un claroscuro

Según Jankélévitch, todo verdadero conocimiento se lleva a cabo en la estrechez fugaz del instante, toda decisión se toma más o menos a tientas, en el semienceguecimiento de la clarividencia instantánea, y esto es así porque las revelaciones fugaces que nos da el instante están caracterizadas por una mezcla de certeza y de incertidumbre debido, ante todo, a que en él las intuiciones se suceden y se alternan, ya que el instante no nos concede una revelación si no es retirándonos la otra, y la siguiente, al venir, desplaza la precedente, porque la ley de la intuición instantánea es la siguiente: "... solo una visión a la vez, y solo una por instante"⁴

Tanto las intuiciones, como los instantes, se suceden en el tiempo, están sometidas al curso irreversible de la temporalidad. Nunca pueden superponerse. Solo puede haber una intuición en cada instante, y solo puede haber un instante en cada momento presente. El instante es conciencia, y, al igual que en Bergson, la conciencia es solamente conciencia del presente⁵. Si el instante que adviene interrumpe la plenitud del anterior, entonces es conciencia que se apaga. Si precede o coloca la plenitud subsecuente, entonces es conciencia que se alumbra. El instante es una centella que reúne en sí dos eventos: aparición y cesación. No se trata de fases sucesivas ya que, en el instante no hay sucesión, sino que se trata de un mismo misterio indivisible. El instante es un mínimo ser que se hace presente en la chispa de su "casi nada" de duración. La evidencia que da el instante es metafísica, va más allá del razonamiento discursivo, el cual se desarrolla en el intervalo. Esta evidencia no es ni empírica ni metaempírica. Aquella es la evidencia tangible que se coloca frente a nosotros. Aunque es diurna y manifiesta, esta evidencia no

resiste al análisis; al contrario, se hace cada vez menos patente y convincente en la medida en que se le profundiza. Esta, si fuese posible tenerla, sería la luz plena y total, y por consiguiente, sería totalmente engeguecedora, sería el *summun* de la claridad y el apogeo de la perfección en acto; no sería el destello de la noche, sino la radiante luz del mediodía. La intuición instantánea se ubica en un “entre dos”, es como un intermediario entre la luz que se asoma para desaparecer inmediatamente, y la oscuridad de su entorno. Luz que desaparece al aparecer, y que al apagarse se alumbra de nuevo. Por esto el instante es un clarooscuro, un “casi nada” que se encuentra entre el ser que en él aparece y la nada de su duración, es un intermediario entre el ser y la nada, entre la noche y la luz diurna, es una fulguración que se enciende y se apaga simultáneamente.

En este sentido, y quizás solo en este, el instante es como el *Eros* socrático del *Banquete*: intermediario. No intermediario entre dos mundos, sino en tanto único existente, en tanto que ser, pero ser visto como “casi nada”. El instante es tan misterioso como el *Eros*: ambos son mezcla de opulencia y de riqueza, de ser y de no ser, de presencia y de ausencia, de aparición y desaparición, de posesión y pérdida; los dos son comienzo incesante, aun cuando parecen repetirse. *Eros* es perennemente joven en la medida en que es siempre nuevo, así como es nuevo cada instante que adviene.

El “casi nada” del instante no debe entenderse como el de un ser gastado y enrarecido, sino como “un verdadero tercero entre ser y no ser”,⁶ en el que se sitúa siempre la realidad, la cual se muestra en el clarooscuro, en el crepúsculo. Lo súbito es a la vez menos y más, negación y posición de ser: negación en tanto que nada de duración, posición en tanto que en él se manifiesta el “casi” (“presque”), es decir, el ser de la aparición fugaz. El “casi nada” del instante es algo parecido a una centella considerada no como luz que se apaga, sino como luz que se alumbra. El instante solo es instante, pero al menos es instante, y su ser “consiste” en surgir, en brotar.

El instante es igualmente una evidencia inevitable. En el momento en que se da, el instante es de una deslumbrante evidencia y lo que “hay” en él se da sin ambigüedad, de manera clara y transparente. La ambigüedad surge cuando el instante vivido se va alejando. El instante es claro en sí mismo y ambiguo fuera de sí. Es ambiguo en tanto que pasado, y desde que se presenta se hace pasado.

“Así como un evento que ocurrió una solo y única vez en la vida y nunca jamás se repetirá, tiende a parecer equívoco e incluso inverosímil... ¿Verdaderamente tuvo lugar? ¿Era yo verdaderamente? Y nos ponemos a dudar si en efecto el evento semelfactivo ocurrió alguna vez. El tiempo irreversible, que hace irreplicable la experiencia, prohíbe la confirmación. Sin embargo, aquello que se hizo dudoso retrospectivamente, era, cuando se dio, de una evidencia deslumbrante”.⁷

El instante es una paradoja que solo permite una semi-gnosis, ya que es ese mínimo ser situado entre el ser describable y la nada, un híbrido de ser y de nada, un “no sé qué” sin volumen ni duración. Entre el ser y el no ser hay que escoger o el uno o el otro; pero el instante,

“... trasciende en este sentido la fatalidad de la opción y de la disyunción; el instante es el absurdo consumado y el ilogismo hecho evento real ... Ya que el instante es de un orden totalmente diferente del de los principios de la razón y de la alternativa. Es su naturaleza anfibológica la que hace de él una existencia inexistente y una inaprehensible efectividad”.⁸

2. Instante e irreversibilidad

Jankélévitch analiza la irreversibilidad del tiempo a partir de dos aspectos complementarios: la irreversibilidad de la continuación del devenir, siempre vuelta hacia el futuro, y la irreversibilidad infinitesimal del instante, verdadero fundamento de toda irreversibilidad. Si bien el devenir no está “hecho” de instantes, es una continuación incesante de instantes. Por otra parte, la originalidad de cada instante se inscribe en la continuidad del devenir.

La intensidad de cada instante es variable, y esto produce diferentes grados de irreversibilidad, si bien, claro está, todo lo que se produce en el tiempo es absolutamente irreversible. Pero hay instantes de una riqueza y de una intensidad tales que la imposibilidad de hacerlos volver, de hacerlos de nuevo presentes, transforma su irreversibilidad en una pérdida irreparable. Esto puede producirnos nostalgia, añoranza, remordimiento, según el caso.⁹ En cambio, la mayor parte de los instantes son menos intensos, son casi solo una simple “moción” infinitesimal e imperceptible.¹⁰

Intenso o no, en todo caso, el instante es lo que propulsa el devenir empujando hacia atrás el pasado. El instante crea en todo momento el he-

cho consumado. Es el motor de la alteridad continua del devenir. Nos niega la más elemental repetición. No hay nunca una segunda vez.

La irreversibilidad caracteriza el tiempo hasta en sus más ínfimos detalles: la maduración lenta, la evolución imperceptible, la renovación subterránea del devenir, todo eso está hecho de incontables y minúsculas "pulsaciones", que son en general insignificantes y que producen casi siempre eventos imperceptibles. Hay como impulsos que propulsan un tiempo pulsátil que, sin embargo, es continuo. Estas pulsaciones ni siquiera son eventos, sino que son incidentes del devenir, pero, por insignificantes que sean, tienen en cierta medida carácter de evento. Cada pequeño detalle cotidiano encierra un universo. Cada instante es "semelfactivo", es decir, tiene lugar solo una vez, se produce solo una vez y marca la irreversibilidad del tiempo.¹¹ La irreversibilidad se liga a los instantes más irrelevantes del devenir, independientemente de su importancia objetiva y de su paso intrínseco. Cada instante es insólito e inédito. Incluso en la vida más triste y monótona, un instante se diferencia siempre del precedente por alguna calidad imperceptible, algún matiz, algún detalle.

Cada instante es *primus-ultimus* ("primúltimo"), es decir, se produce por la primera y la última vez; cada instante es simultáneamente un comienzo y un fin, y este doble factor no comporta ninguna escisión en él. En el instante no hay dualidad posible. Principio y fin forman una sola ocasión, una sola coyuntura "semelfactiva".

Cada instante es diferente y original, es un hapax, es decir "una cosa de la cual no existe en el mundo más que un ejemplar".¹² Pero esta exclusividad no constituye nada extraordinario o fuera de lo común. El instante es *primus-ultimus* en su efectividad, en el hecho de que se produce una sola vez, y no en su carácter de extraordinario. Su desaparición, apenas aparece, hace de él un hapax irreemplazable. Por ejemplo, en lo que concierne a la vida humana, la irreversibilidad más característica no es la de los instantes únicos y extraordinarios, sino el hecho de que cada vida, no importa cual, es como una obra maestra en la que reiteración queda excluida totalmente. La vida de cada ser humano es un hecho único que no se dará nunca más. Aquí la primera vez es siempre la última.¹³

Si vamos más lejos, podemos decir que esas primeras-últimas veces no son tan radical y absolutamente primeras y últimas. Toda novedad es de

cierta manera una reedición, es una promesa indefinida de renovación, presagia un largo porvenir de repeticiones. El único instante primigenio es el instante creador. Fuera de él, *stricto sensu*, nada comienza y nada acaba radicalmente.¹⁴ Jankélévitch quiere acentuar la ambigüedad del devenir, en cuyo seno, de cierta manera, crear es recrear y, asimismo, lo que hay de más insignificante es siempre nuevo. Así, la unicidad y la banalidad son dos puntos de vista sobre un mismo tiempo irreversible. Y esto es así porque el carácter *primus-ultimus* del instante está inscrito en la continuidad del intervalo. La duración es como un espesor que sumerge al instante en el intervalo. Y esto tiene un aspecto positivo: es la condición previa que permite la construcción de un presente que no es solamente el instante puntual, sino un cierto lapso aprehendido por nuestra conciencia.

El instante privilegiado es aquel que por su riqueza y profundidad marca su paso, aquel que cierra un período y abre otro, que contiene su antes y su después. Este instante especial es a la vez rememorado y preimaginando, ya que irradia a su alrededor, es decir en el intervalo, una especie de halo que queda resonando en la duración. Dicho de otro modo, el comienzo está preparado de alguna manera, se funde en la continuidad general del devenir. El comienzo es siempre un recomienzo; más que novedad es prioridad. Asimismo, el fin no es nunca el último, no solo porque la temporalidad es infinita y "los tiempos no tienen fin",¹⁵ sino porque no hay, ya sea en el tiempo o en la historia, verdadera acumulación de progreso, en el sentido de cumplimiento de una etapa, sobre todo en lo que concierne a la moral.

Esta irreversibilidad es transformada por la conciencia humana (y solo en el seno de esta conciencia) en algo relativamente reversible, en la medida en que la conciencia es capaz de recordar el pasado y prever el porvenir. Ahora bien, la fuerza de la irreversibilidad es tal que, cuando alguien puede revivir un evento en su interior gracias al recuerdo, se sorprende.

"Cuando, en una chispa, revivimos algunos instantes, creemos que se trata de un favor del cielo, ya que el mismo Dios no nos parece suficiente para vencer la irreversibilidad: es lo que pasa gracias al reconocimiento afectivo, cuando un pasado auténtico vuelve a nosotros bruscamente, por bocanadas y fulguraciones imprevistas, así como un perfume de jazmines en la noche. Nuestra vida atraviesa, como claridades encantadas, ins-

tantes mágicos en los que el pasado nos da la sorpresa de su visitación; es una especie de gracia, y el pasado más prosaico le debe su perfume, su penetrante melancolía ¡Nunca jamás! Una vez, y luego nunca jamás... ¡Quién no ha gustado en su vida lo que estas dos palabras encierran de humana e inconsolable tristeza!"¹⁶

Entre la memoria del pasado y la previsión del futuro, es la anticipación la más relativa y la más incierta. Algo de jamás visto y de imprevisible subsiste siempre en lo futuro, algo que imposibilita imaginarlo y que lo hace sorprendente.

3. El instante es siempre un evento

El instante está ligado al evento, a lo que se produce, es algo que llega, un condensado de suceso. Este evento, que es infinitamente simple, es al mismo tiempo "la manera drástica del ser", ya que "el evento es un *fiat*", en el que evento, devenir, cambio y advenimiento no son más que un indivisible instante.¹⁷

El evento tiene un doble aspecto, a la vez positivo y negativo: por una parte posee la concentración, la intensidad, el fervor propios del instante, pero por otra parte excluye la persistencia de todo eso, no tiene la extensión ni el espesor de la duración. Por esto su nombre es "casi nada", y su misterio es ante todo una eficacia, un acto. Este acto es el misterio del *fiat*, de la innovación. El instante es la única posibilidad de porvenir: el evento, lo que adviene o sobrevive es inherente al equilibrio inestable de los posibles, es lo que hace real lo posible.¹⁸ La fragilidad y la contingencia del futuro no se deben únicamente al hecho de que aún no es, sino también al hecho de que la actualización eventual de su ser potencial depende del minúsculo instante.

4. Todo instante es "semelfactivo"

Cada instante es un *hapax*, un suceso único que se produce una sola vez en el tiempo. Esta característica es lo que hace su unicidad, y esta unicidad es la que marca la irreversibilidad ineluctable del tiempo, el cual va siempre en una sola dirección, la de la futuridad. El tiempo no vuelve ni retorna jamás. Los instantes son siempre nuevos, y el sentido del tiempo es siempre el mismo. Este sentido del tiempo expresa siempre la intención de hacer advenir el porvenir:

"... cada novedad es diferente no solo del instante precedente, sino de todos los otros, y este régimen de alteridad infinita tiene por carrera una alteración imperturbablemente orientada hacia el porvenir."¹⁹

Evento único que llega una sola vez en toda la perennidad del tiempo, por primera y última vez, y que deviene inactual inmediata y súbitamente, el instante es como una finísima chispa entre la nada del todavía no y la nada del nunca jamás, que marca los estrechos límites de la existencia. Esta "semelfactividad" es la última forma del ser inmediatamente antes del no ser pasado, del *fue*, y, a la vez, es la primera forma del ser, acabada de salir del no ser futuro, del *todavía no*, del *tal vez será*.

El hecho de que el instante sea un evento fugaz que tiene lugar una sola vez, lo hace ambiguo y no ambiguo al mismo tiempo. Es ambiguo, ya que no podemos revivirlo, y lo que no se puede repetir no se puede constatar ni verificar. Su irrepitibilidad lo hace equívoco. El único testigo del evento ocurrido es la memoria. Pero, paradójicamente, su fugacidad lo torna infinito en intensidad y nos hace penetrar en el misterio del ser y del hombre.

5. El instante es un "casi nada"

Jankélévitch inicia su obra *Le Je-ne-sais-quoi et le Presque-rien* diciendo que hay, que existe un algo inefable, inevidente, innombrable

"... algo que no existe y que es, sin embargo, la cosa más importante entre las cosas importantes".²⁰

La existencia de ese algo es dudosa, anfibia y controversial. Ese algo mora en el misterio del instante, se deja entrever en la gran "manera de ser del ser", que es el devenir, el cual es "emergencia continua de ser".²¹ Emergencia, es decir, aparición, es decir, instante: el ser en devenir emerge en el instante y se prolonga en el intervalo. En la continuación del intervalo el ser es difuso, y es en el ámbito infinitesimal de una centella que adviene el encuentro con ese algo, que por ser misterio es un "no sé qué" y por ser fugaz es un "casi nada", un algo que

"nimba con una aura brumosa los contornos de toda cosa en acto".²²

El "casi nada" es de un orden diferente del ser y de la nada. En él, cada contradictorio se va

asimilando a su contradictorio. Ese “casi nada” no es un ser truncado, es un acto posicional, es el ser del instante que rompe tanto el absoluto como la nada con su sola presencia, con su irrupción fugaz: si hay el instante, no hay la nada; si hay el instante su ser efímero y fugaz provoca una ruptura definitiva en lo absoluto. La aparición del instante nos muestra que no hay otro ser que el que en él se manifiesta. El ser reúne existencia y esencia en el “ahora” puntual y pasajero del instante. Este “ahora” comporta un “aquí” y por esto el instante, haciendo presente al ser, hace coincidir espacio y tiempo.²⁴ El instante es un poco sinónimo de fracaso en la medida en que en él el comienzo y el fin del ser tienen lugar simultáneamente, su fulgor es al mismo tiempo un triunfo frente a la nada y un fiasco frente a la permanencia; este ir y venir entre el encuentro y la pérdida es permanente y no podemos fundarnos en él para progresar. Por lo tanto, este movimiento no puede asimilarse a una dialéctica, sino a

“... un método que no introduce a nada, que permanece a su manera sin mañana ni consecuencia”.²⁵

A este respecto, Jean Wahl se pregunta si no hay finalmente un fracaso del instante, no solamente porque se trata de una aparición desaparición, sino igualmente porque “recula la disyunción sin vencerla definitivamente”.²⁶ Wahl señala el “monismo” del “casi”, en la medida en que un “casi nada” es indiscernible de otro “casi nada”. Ese monismo, que nos permite tener la intuición de la unidad y de la identidad del instante, no es ni monótono ni uniforme; al contrario, nos abre a la multiplicidad de sus significaciones:

“Es a la vez contemporáneo (por chispazos), a la vez gozo, acción, amor: gnosis, drama y pathos y, en fin, Eros. El admite, en tanto que especificidad vivida, la policromía y la politonía de cualidades heterogéneas”.²⁷

El instante es la positividad pura, el *Fiat* y, si no es más que un casi nada, es mucho más que nada. El ser es el ser del instante, y la esencia es esencial, en tanto que permanente posibilidad de existencia espacio-temporal en el instante y al infinito, es decir, no importa dónde y no importa cuándo, con tal que se trate de un aquí y de un ahora.

Resumiendo, decimos que el instante es el “casi nada” por excelencia, situado en el punto álgido entre el ser y la nada, entre la vida y la

muerte, en el punto culminante de la intuición intelectual, del éxtasis místico, y de la intención moral. El instante es el “ser” mínimo y el acto supremo.

6. El instante es creación súbita

El surgimiento de lo nuevo tiene que darse en un ámbito que, además de no ser ni reposo ni movimiento, como claramente lo vio Platón,²⁸ no debe estar en la sucesión, sino irrumpir en ella. Jankélévitch afirma no solo que la creación se da en el instante, sino que “la creación es toda entera el instante mismo”.²⁹

El “casi nada”, que es ese término medio entre el ser y la nada es el Hacer. El acto creador condensa y resume toda la riqueza del instante. El Hacer es acción creadora y el instante es el momento creador por excelencia, ya que es en él, sin ruptura ni intervalo, que la esencia y la existencia aparecen súbitamente juntas. Y unir esencia y existencia es crear. El instante por excelencia, el plenamente tal es el instante creador y posicional. En este sentido, se opone al “ser” y al devenir, que son dos variedades del intervalo. El devenir es más promotor que creador, y el “ser” es la congelación del instante primordial fijado y hecho cosa. El instante es el misterio del ser como acto creador, es, para el hombre, ese lapso intemporal del “Hacer-ser”. Es cero de tiempo y de todo lo que podamos enunciar, pero hace posible el tiempo y con él el ser en todas sus dimensiones ópticas y en su efectividad misma. Podemos decir, utilizando otro lenguaje, que la creación coincide con el instante, que es su quintaesencia, o que se lleva a cabo desde él, que es en sí mismo todo operación y poesis. Principio supraesencial que es posición por excelencia. Es mutación súbita y radical. Y esa mutación sin duración es paradójica y es misterio, en el que tienen lugar tanto el *fiat* creador como la aniquilación radical que es la muerte. El instante creador deja detrás de sí una huella, una estela, una obra que puede ser analizada pero que no nos revelará nunca el misterio del comienzo.

Decir que el instante es “Hacer” es solo una manera de expresarse, ya que ni siquiera es “Hacer”, sino que es ante todo llegada o advenimiento, y en esto consiste su creatividad. En el instante se anulan y en cierta forma se condensan todas las categorías por lo que podemos decir, con Jean Wahl, que la más alta categoría, la categoría aca-

tegórica en cuanto ya no permite ninguna acepción es aquella del "Hacer-ser".³⁰

7. Instante ~ Absoluto

El instante creador y Dios se identifican en la filosofía de Jankélévitch. Estudia a ambos en un mismo plano. Dios es en tanto que acción, y su acción es crear. Dios no es el Ser. Es creación, y la creación se hace en el instante.

Para comprender esta posición, debemos comenzar por traer a colación que, para el hombre, lo absoluto no puede ser otro que el instante vislumbrado instantáneamente. El instante es el único medio del que disponemos para comprender lo inefable del "no sé qué":

"... es en el instante casi irreal que la identidad recreativa es posible para una creatura".³¹

Dios crea, es decir, fundamenta el ser del otro, y niega el suyo propio. Dios no es, y su manera de no ser consiste en hacer, puramente y simplemente. He aquí por qué, para Jankélévitch, Dios y creación son una sola y misma cosa. Dios es operación pura. Dios no es ni ser ni no ser, Dios es Hacer.

"... hay un término medio entre tomar y dejar, entre ser y no ser -no ciertamente lógico, ya que todo término medio está excluido entre los contradictorios- sino irracionalmente y drásticamente: entre el ser y la nada, hay el Hacer, que no es ni ser ni no ser".³²

Dios niega su propio ser y esta negación, en lugar de aniquilarlo, le confiere su existencia. Dios hace, y haciendo, se hace. Dios se crea creando. Así como para Espinoza "Dios no existe anteriormente a sus decretos y no puede existir sin ellos",³³ así, para Jankélévitch, la prioridad absoluta está dada por la acción por la cual el creador se crea a sí mismo. Y así como para Bergson "el Absoluto no es nada totalmente hecho, es surgimiento creador",³⁴ así, para Jankélévitch,

"El Absoluto, que un imperceptible no-sé-qué (pero ese no sé qué es vasto como el cielo, pero ese casi nada es todo), el Absoluto no es algo que es. El Sí mismo, siendo sujeto puro, no es algo, esto o lo otro, ya sea el que es por excelencia, ya sea todas las cosas".³⁵

Por esto Dios existe sin consistir. Lo que hace existir no existe. El orden del ser ha de susti-

tuirse por el del hacer sin ser. Si nos quedamos en el orden del ser, debemos ir remontando en el orden de las causas y de los efectos, buscando la primera causa, y como no podemos ir al infinito, tenemos que declarar la existencia de una causa de orden superior, tal como por ejemplo el Primer Motor Inmóvil de Aristóteles. Para Jankélévitch esta declaración es gratuita y arbitraria. Para salir de este *impasse*, propone su noción del "yo no sé qué", del ser como "casi nada"; que no es sino hacer, y postula, pues, la única primacía "absolutamente primordial" del Hacer libre de todo ser.³⁶ Si bien Dios se hace haciendo, él

"... no se compromete nunca a Sí mismo, siendo todo creación, en el ser ya creado".³⁷

A propósito de esta idea de Dios, Jankélévitch propone tres "metalogismos" violentamente paradójicos, que son el misterio mismo de la creación. Veamos en qué consisten:³⁸

1. Lo que hace no es lo que él hace. Dios no es lo que él crea simplemente porque no es.

"... la fuente de la luz es lucífera pero no luminosa; ¡la fuente de la luz es oscura! Es más: lo que confiere el valor no tiene valor; lo que da la evidencia como evidencia es tiniebla inevidente ya que el hecho de la evidencia es un misterio, un misterio de mediodía".

2. Aquello que da, da lo que él no es, ya que, en efecto, no es nada. No es nada si tomamos el "ser" en el sentido de poseer o de tener. Jankélévitch quiere vaciar el concepto de Dios de toda posesión posible, con el propósito de hacer brillar su absoluta generosidad. Así, Dios es más pobre que el *Eros del Banquete*, el cual posee, al menos, un pequeño haber, que es al menos un *daimon* de la "clase media", intermediario entre haber y privación:

"La donación pura, no es solamente desposeída, como el hijo de Abundancia y de Penia, el retoño de suficiencia e insuficiencia, sino desesencializada; ella es infinitamente pobre e infinitamente vacía, y sin incluso ese mínimo sustancial que es el núcleo del egoísmo del Sí mismo. Esta posición pura de todo sedimento, pura de todo depósito, ¿no es la absoluta Generosidad?"

Dios es la abundancia que no posee nada, que no tiene nada, es la donación que dándose se

hace abundante. Si razonásemos de otra manera, caeríamos en una filosofía del tener.

3. Lo que da no tiene eso que da, e, inversamente, lo que da tiene todavía lo que dio. Si el que da diera algo de su haber, esta cotización habría que deducirla de su sustancia óptica, habría una cierta cantidad que se reduciría. En el orden del amor, que es el del hacer ser, es posible a la vez dar y enriquecerse. Dios no es otro que el amor, porque el amor no es sino la operación de la bondad.

“Hacer ser, si largueza hay, sería, pues, una largueza infinita; hacer ser, si podemos arriesgar esta alianza de palabras, sería un don total y aún mayor que el don de sí mismo. Esta generosidad infinita se llama el Amor”.³⁹

Por medio de estos tres “metalogismos” podemos constatar que para Jankélévitch filosofar sobre la creación y filosofar sobre el Absoluto son una sola y misma hazaña imposible. Es la hazaña de reflexionar sobre el misterio del Amor.

La creación toda entera se hace de un solo golpe. Jankélévitch desconfía de la idea de una creación *ex nihilo* ya que la preposición espacial evoca algún lugar preexistente. El concentra todo, creador y creación, en el instante creador. Dios e instante operativo son una sola y misma cosa. El instante creador es una “taumaturgia súbita”, que excluye toda sucesión de momentos, de lo cual se deduce que una creación inacabada no está ni siquiera comenzada:

“La operación primordial que hace brotar el ser en el instante es un acto infinitamente simple, un acto súbito, instantáneo”.⁴⁰

La concentración de la creación en el instante hace que el único verdadero instante, el único instante realmente creador sea el primero. Todos los otros, incluso si son creadores, como es el caso del instante de la intuición intelectual o del de la intención moral, entran en cierta medida dentro de la receptividad del intervalo. Además, como la creación es súbita, no es posible concebir una creación progresiva en el tiempo. Por una parte Jankélévitch identifica el instante con la creación; por otra parte, identifica el absoluto con la creación, lo que hace que instante y absoluto sean una misma cosa. Pero hay que subrayar que Jankélévitch reduce este instante-absoluto al

instante primordial y original del primero y único verdadero acto creador. Al origen hay un único y primordial instante solitario que hace todo y que es causa suficiente y necesaria de todo. Podemos, entonces, preguntarnos qué hacen todos los otros instantes, incluso si existen realmente, y sobre todo dónde se sitúa la capacidad creativa y autocreativa del hombre:

“... el hombre ‘se hace’ de tiempo en tiempo, y esto es más como manera de decir que en sentido propio; el resto del tiempo, es decir todo el tiempo, el hombre es hecho (...); el hombre solo hace intermitentemente, solo se hace débilmente, y solo en los instantes privilegiados de la decisión voluntaria; mientras tanto, el hombre deviene, como maduran las manzanas”.⁴¹

Por esto Jankélévitch reduce el marco de la libertad humana a la estrecha grieta del instante. El hombre es la creatura del “entre dos”, no solo y simplemente porque es un mixto de instante y de intervalo, sino porque, ya sea en uno o en otro, su naturaleza es siempre intermedia y permanece siempre entre la plenitud y la nada. El solo hecho de pendular entre el instante y el intervalo hace del hombre un ser del “entre dos”, de la intermedialidad. Además, el instante, por no durar más que un instante, deja detrás de sí a una creatura en la cual toda su dignidad parece ser la de existir, persistir y consistir, en la añoranza de aquella duración brevísima. En todo caso, Jankélévitch asimila el hombre a Dios, al Dios de un instante. Y lo Absoluto, que es creación, es también instante:

“El hombre, a la letra, es Dios: Dios ahogado en el discurso, Dios de un millonésimo de segundo. El segundo creador, *alter conditor*, ¿logrará prolongar la creación divina? ¡Ay! La excepcionalidad misma del genio y del héroe, que es transcendencia relámpago (...) deja presumir que no”.⁴²

Todo esto cava un abismo entre el instante y el intervalo y deja la lucidez del instante sin posibilidad de continuación. El instante es como una ínfima grieta luminosa que suspende el tiempo y que airea y concede plenitud al intervalo. Pero el intervalo nunca puede conservar esa plenitud, y mucho menos producirla de sí mismo.

El instante se identifica con el absoluto no solo a través de la creación, sino también a través de la idea de irrevocabilidad: el instante es un absoluto, porque cada instante es único, irrepitable,

y el hecho de que se haya dado es un hecho irrevocable, imborrable y definitivo. El hecho de haber tenido lugar, de haber sido (*fuisse*) es un hecho absoluto. El hecho de haber sido es, a la letra, un hecho eterno, un instante eterno.

Todo se reduce, pues, al instante, y al instante presente.

Notas

* Dado que las obras citadas de Vladimir Jankélévitch no han sido traducidas al español, las referencias que aquí aparecen fueron traducidas por la autora del artículo.

1. Cf. el artículo de Juan Wahl, "La philosophie première de Vladimir Jankélévitch". (En: *Revue de Métaphysique et de morale*, enero-junio 1985; n° 1 y 2) pp. 161-217.

2. "... la intuición, reducida a un puro surgimiento sin dimensiones, no es más que el hecho mismo de surgir, y en eso es metafísica" *Philosophie Première. Introduction à une philosophie du presque*. (París: Presses Universitaires de France, 1954) p. 161.

3. "La semi-gnosis del misterio cuantitativo es a la vez conocimiento del instante y conocimiento en el instante" *Philosophie Première*, p. 160.

4. *Le Je-ne-sais-quoi et le Presque-rien* (2° ed., 3 vol. París, Seuil, 1980), vol. II, p. 172.

5. Nos permitimos esta comparación porque Bergson influye mucho en el pensamiento de Jankélévitch, quien es uno de sus mejores comentaristas (Cf. a este respecto su obra *Henri Bergson*, París, P.U.F., 1975). Bergson critica la teoría de la relatividad partiendo de la afirmación según la cual el único tiempo real es aquel que es percibido por la conciencia. Esto deja pensar que, al subordinar el tiempo a la conciencia presente, el espacio queda asimismo subordinado. En este sentido, un espacio solo existe si es habitado por una conciencia que lo vive como espacio. Los otros solo serían hipótesis o espacios posibles. El tiempo queda sometido a la conciencia, es decir, a la percepción presente, y de igual manera el espacio también quedaría sometido a esa conciencia presente. Por consiguiente, el espacio estaría subordinado al tiempo, y no el tiempo al espacio. Y ambos lo estarían a la conciencia presente. Cf. Bergson, *Durée et simultanéité* (4° ed., París, P.U.F., 1968): "Duración implica, pues, conciencia" (p. 47) "Todo el mundo estará de acuerdo (...) en que no se concibe un tiempo sin un antes y un después: el tiempo es sucesión. Pero acabamos de mostrar que

ahí donde no hay alguna memoria, alguna conciencia, real o virtual, constatada o imaginada, efectivamente presente o idealmente introducida, no puede haber un antes ni un después: hay o uno o el otro, pero no los dos, y se necesitan los dos para que haya tiempo. Así pues, de aquí en adelante, cuando queramos saber si estamos frente a un tiempo real o frente a un tiempo ficticio, tendremos simplemente que preguntarnos si el objeto que nos es presentado podría o no podría ser percibido, podría o no devenir consciente" (*ibid.*, p.61).

6. *Philosophie Première*, p. 74.

7. *Traité des vertus* (París, Flammarion, 1968, 3 voll vol. I, p. 30.

8. *Ibid.*, p. 160.

9. Cf. *L'Irréversible et la nostalgie* (París, Flammarion, 1974) capítulos 5 y 6.

10. Cf. *La mort*, (2° ed., París, Flammarion, 1977) p. 332.

11. *L'Irréversible et la nostalgie*, p. 51.

12. *La mort*, p. 300.

13. Un día un filósofo dijo que el mismo Jankélévitch era un *hapax*. Interrogado sobre esto, Jankélévitch respondió: "Hapax es de la gramática griega: esta palabra designa una forma, un giro, que se encuentra una sola vez en los textos. Pero transportada a la condición humana, el *hapax* es la banalidad misma. No importa quién, todos y cada uno, el pobre vendedor ambulante, el vendedor de lirios de los valles en la calle es un ser único, es una singularidad excepcional, un *hapax* en dos pies. Es eso lo que trato de decir. La vida más insignificante y la más humilde es también una ocasión milagrosa. No hay, pues, que echarla a perder; esta ocasión es única en toda la eternidad" *De Sartre à Foucault* (París, Hachette, 1984) pp. 228-229.

14. Bergson, *L'Évolution créatrice* (Obras, París, P.U.F., 1968) "Pero el élan se acabó, y fue dado una sola vez". 720). Cf. Jankélévitch, *La Mort*, p. 308.

15. "L'Espérance et la fin des temps" (En: *Sources*, París, Seuil, 1984, pp 62-81), pp. 77 y 79.

16. *La mauvaise conscience* (París, Aubier-Montaigne Ed., 1966) p. 85.

17. *Le Je-ne-sais-quoi et le Presque-rien*, vol I, pp. 31 y 32.

18. "L'Espérance et la fin des temps"; p. 68.

19. *L'Irréversible et la nostalgie*, p. 40.

20. *Le Je-ne-sais-quoi et le Presque-rien*, vol I, p.

21. *Ibid.*, p. 32.

22. *Philosophie Première*, p. 91.

23. *Ibid.*, pp. 72 y ss.

24. *Ibid.*, p. 209.

25. *Ibid.*, p. 84.

26. Wahl, "La philosophie Première de Vladimir Jankélevitch" (*En: Revue de Métaphisique et de Morale*, enero-junio 1955, nn° 1 y 2, pp. 161-217) p 185.

27. *Ibid*, p.182. Cf. *Philosophie Première*, p. 244.

28. Platón, *Parménides* (Obras Completas, Madrid, Aguilar, 1966), 156 a-b.

29. *Philosophie Première*, p. 209.

30. Wahl, op. cit., p. 196.

31. *Philosophie Première*, p. 167.

32. *Ibid*, p. 179.

33. *Ethique* (Paris, Vrin, 1983) I, XXXIII, sc. II.

34. Bergson, *Matière et memoire* (Oeuvres, Paris, P.U.F., 1959) pp. 270 y 323.

35. *Philosophie Première*, p. 181.

36. *Ibid*, p. 187.

37. *Ibid*, p. 184.

38. *Ibid*, pp. 188-191.

39. *Ibid*, p. 233.

40. *Ibid*, p. 229.

41. *Ibid*, p. 186.

42. *Ibid*, p. 239.

Susana Trejos
Universidad de Costa Rica